

UN GRAN RETO

LA HUIDA

ADAM THIRLWELL

Traducción de Aleix Montoto
Anagrama, Barcelona, 2010
345 páginas, 19,50 euros

★★★★★



se le colgó esa decisiva medalla); y la primera y un tanto obvia asociación fue con el alguna vez también precoz Martin Amis y su debutante *El libro de Rachel*.

De acuerdo: aquí venía otra comedia sexual iniciática, entre sofisticada y gamberra, con una muy saludable preocupación por el estilo, más allá de las abundantes escenas horizontales. Pero los referentes de Thirlwell eran otros. En *Política* lo que verdaderamente valía –y producía respeto– era el modo en que Thirlwell se las había arreglado para orbitar alrededor de la carne y el espíritu del amor, combinando la sofisticación cerebral de un Kundera con el fraseo gracioso y falsamente ingenuo y *savant* de Vonnegut.

Naturaleza nómada

No conforme con semejante logro, Thirlwell complicó para bien su perfil cuatro años más tarde con *Miss Herbert*: artefacto ensayístico que no solo demostraba que el joven leía mucho y leía bien (en una reciente visita a España dijo

ser lector admirado de Bolaño pero además de Onetti y Gombrowicz), sino que le valió el Somerset Maugham Award. Allí –con modales que recordaban por momentos a los de Alain de Botton, Nicholson Baker o W. G. Sebald– Thirlwell se ocupaba de la naturaleza nómada de la novela, viajaba por diez idiomas y cuatro continentes y acababa atreviéndose –prác-

tica después de tanta teoría– a traducir del original francés el «Mademoiselle O», de Vladimir Nabokov.

Y nada se pierde y todo se transforma, y es la luminosa sombra del ruso más internacional la que se proyecta ahora sobre *La huida*. No el Nabokov de *Ada* sino el de *Risa en la oscuridad*. Para muestra, basta con la rotunda y bien torneada primera línea («Y así terminó

el siglo: con Haffner observando cómo un hombre acariciaba los pechos de una mujer») o con cualquier descripción elegida al azar: «El tubo de dentífrico estaba a su lado, con la cola curvada sobre sí misma cual coma, o como la cola de esos milagrosos peces adivinos cuyo plástico rojo adopta el rizado signo de la pasión, de los celos, de la tristeza».

Y pasión y celos y triste-

za –y risas bien cepilladas y mujeres deseadas en la penumbra y, sobre todo, estilo y prosa– marcan a fuego *La huida*, protagonizada por un casi octogenario banquero judío con apellido inesperadamente arliano, Raphael Haffner. Este hombre crepuscular y libertino, este «escuálido Don Quijote» y héroe de su siglo, se nos presenta –nos es presentado por un narrador invisible que, como en *Política*, se esconde del lector hasta que ya no puede ni quiere hacerlo– como un hombre en suspenso casi felizmente atrapado –como el Hans Castorp de *La montaña mágica*– en un spa de los Alpes a la espera de liberar una propiedad de su difunta esposa y, de paso, recuperar el afecto de una familia un tanto cansada de su *vaudeville* de lechos y de sus maniobras financieras cada vez más arriesgadas.

Mientras tanto y hasta entonces –a lo largo de una serie de capítulos/paneles, al hombre le gusta pensarse como variaciones de una figura a lo largo y ancho de un fresco–, Haffner sufrirá y gozará del acoso de tres mujeres distintas pero complementarias.

Ruinas imperiales

Una es la joven y disponible y flexible instructora de yoga Zinka; otra, la madura y casada y robusta *Frau Tummel*, y la tercera, la etérea muerta pero omnipresente en su memoria Livia. Todas ellas desvistiendo mientras desnudamos y *revisitamos* el pasado de Haffner y sus obsesiones y sus blues como si se trataran de esas ruinas imperiales que tanto le fascinan a este lector compulsivo de *Vidas de los Césares* y *Decadencia y caída del Imperio Romano*, monarca depuesto en ese viaje de ida sin pasaje de vuelta y...

Pero *La huida* debe ser leída y no resumida. La digresión y la precisión –y las sincopas de cierto jazz, otro de los placeres de Haffner– son el lenguaje de este libro raro que recuerda, en efecto y en logros, la cadencia elegante del inmenso John Banville y esa otra magistral falsa novela centroeuropea que fue *Los inconsolables*, de Kazuo Ishiguro.

Un milagro inesperado

Con su segunda novela, Thirlwell se nos revela como un narrador imprescindible, más allá de su edad. Alguien cuya sola firma debería hacer de *La huida* –en un mundo mejor que el nuestro– uno de esos *best sellers* de altísima calidad que hay que mostrar con orgullo en montañas y orillas estivales. Sabiendo que esto es imposible, exijo para *La huida* el estatus de contraseña para iniciados. Un milagro inesperado pero

tan de agradecer, porque nos prueba que la juventud debe ser exactamente *esto*: esa época en la que corresponde asumir –y llevar a cabo– los grandes retos.

«Después de *Política* me propuse escribir algo que, en principio, yo no pudiera hacer. Así que me impuse el desafío de una trama con protagonista judío y anciano que ocurriera lejos de todo lo que me resultaba cercano», comentó Thirlwell en su reciente rueda de Prensa en Barcelona.

Misión cumplida, muy bien hecho.

Felicitaciones para el autor. Felicidades para el lector.

En lo que a este crítico toca –y de existir algo así–, sana envidia. Pero –por supuesto, muy haffnerianamente– haciendo hincapié más en la envidia que en la salud.

RODRIGO FRESÁN



MARIA TERESA SLANZI